

DOÑA JUANA ENRÍQUEZ, MADRE DEL REY CATOLICO (1)

Ya es para señalar, por de pronto, que una pluma de mujer, la de Carmen Muñoz Roca-Tallada, Condesa de Yebes, haya tenido la delicada gentileza de «romper una lanza» por otra mujer, doña Juana Enríquez, madre del Rey Católico, y cuyo recuerdo en la historia no corresponde, con razón o sin ella, a la mujer que nos describe la Condesa de Yebes en este libro suyo, realmente, primoroso.

Por sus relaciones con el Príncipe de Viana, su hijastro, en cuyo destino trágico creímos siempre observar una decisiva influencia de Juana Enríquez, guardábamos de esta mujer una impresión deplorable: la envolvía una sombra tan siniestra como la de lady Macbeth. ¿Deformación de la historia? ¿Ignorancia de la historia? ¿Predominio del prejuicio sobre el dato histórico? Lo positivo es que la Condesa de Yebes hace nacer en nosotros una nueva figura de esta mujer a la que nada queríamos. Desaparece totalmente el espectro, fundado o no fundado, y surge otra Juana Enríquez que nos gana por su belleza, por su simpatía, por lo que fué para nuestro desdichado Príncipe. Hay que advertir que la Condesa de Yebes no escribe una interpretación de esta figura femenina, de relieve poderoso y decisivo, en una época en que la mujer era un ente borroso y una mera razón de amor al servicio de intereses políticos: la autora no da un paso sin la prueba que lo afiance, e incluso lo que supone o presume o deduce, no queda sin el refuerzo de un dato que permita la interpretación que le sugiere. Con su estirpe, hereda doña Juana dos influencias contrapuestas: la suavidad y el tacto de su abuelo materno, y la violencia de los Enríquez: su padre es «pequeño, fuerte, enérgico y trepidante»; su madre, en cambio, «sombra gris junto al bullicioso marido» (pág. 20). Educose en Toledo, con sus abuelos maternos, pues pronto le faltó su madre. El retrato es atrayente en el pincel de la autora. Juana, a los 19 años, era «rubia, esbelta, discreta; los ojos muy claros, de mirada azul algo velada; finas las facciones que no excluyen la energía, la frente comba, los hombros escurridos, el talle fino y de buena proporción» (páginas 34-35). Destaca el testimonio de quienes pudieron no estimarla y para quienes posee «gran talento, valer en la adversidad y encanto personal indudable» (pág. 35). Desde las primeras páginas, la autora va espesando el volumen de la simpatía en torno a esta mujer. A los 19 años, la capta el pensamiento político para sus fines. Su padre es, políticamente, compadre de don Juan, confabulados los dos en empresas castellanas. Don Juan, por la muerte de su mujer, doña Blanca, Reina de Navarra, se ha liberado del vínculo matrimonial y ya piensa en comprometerse con otro nuevo. Juana, por su juventud y su belleza, es codiciosamente tentadora para el amor y para la política. Don Juan tenía 49 años, pero sus devaneos le prometen sin duda fortaleza física. Pronto convienen don Juan y don Fadrique, y la boda queda concertada. La fecha de su celebración se prolonga por un adverso percance bélico en el que ella demuestra la fina tonalidad de su tempera-

(1) CARMEN MUÑOZ ROCA-TALLADA, «Doña Juana Enríquez, madre del Rey Católico». Editora Nacional, Madrid MCMLV.

mento. Hecha la boda, la Condesa de Yebes destaca que «fué adquiriendo sobre él cada vez mayor ascendiente» y que él «siente el influjo de la belleza y la lozanía de la joven castellana, que además era discreta» (pág. 61). Y viene la glosa de este ascendiente: en Juana Enríquez «a una fuerte femineidad se une un ímpetu guerrero y político» (ibid). Tenemos, pues, a don Juan, casado y supeditado al encanto de este carácter femenino, nada común. Y en 1450 llega el matrimonio a Navarra y se domicilian en el palacio de Olite. Es el primer encuentro de doña Juana con nuestro Príncipe de Viana. Por de pronto, la autora señala que don Juan opera como Rey «sin contar para nada con su hijo» (pág. 66) y que el Príncipe «tuvo que soportar que doña Juana fuese nombrada lugarteniente del Reino de Navarra juntamente con él» (pág. 68). En este punto, nos asalta la primera duda: si ella ejercía ascendiente sobre don Juan, y no tenía aversión alguna al Principa ¿cómo permitió que apenas llegados a Olite, se le infiriese tamaña postergación? Opina la Condesa de Yebes, como Desdevises du Dezert, que la ruptura entre padre e hijo debióse a la intransigencia de los partidos que militaban por el padre y el hijo, mas esta opinión se enrosca en un círculo vicioso: ¿a qué se debía esta intransigencia de los partidos, sino a las actitudes adoptadas por el padre y por el hijo? No cree la Condesa de Yebes, como supusieron algunos, que la rivalidad entre don Juan y su hijo se debió al odio entre éste y su madrastra, opinión que no deja de ser sensata, tan sensata como infantil la opuesta. Todo va bien hasta 1452 en que nace Fernando, que naturalmente ha de modificar la vida de su madre en todos los aspectos, incluso en las relaciones con su hijastro el Príncipe de Viana. Cinco años más tarde de esta fecha el Príncipe marcha a Nápoles, huyendo de su padre. Nada vemos que pueda favorecer a doña Juana en su influencia favorable cerca de don Carlos para que éste se vea en el trance de abandonar el Reino. Su vuelta a la península, desde Sicilia, con ánimo de una solución pacífica entre don Juan y él, es la que motiva las posiciones que harán intervenir a la Enríquez en el conflicto. Por de pronto se opone al deseo manifestado por el Príncipe, de casarse con Isabel que la Enríquez destina para Fernando. Esta oposición al matrimonio del Príncipe con Isabel ¿llevóle a doña Juana hasta el extremo criminal de envenenar a don Carlos? Escribe la Condesa de Yebes: «La mayoría de los historiadores se fundan en este hecho para aseverar que le hizo morir por veneno y dejar el campo libre a don Fernando. Semejante suposición no se apoya en ninguna prueba determinada, y en cambio, consta la labor que desarrolló doña Juana para acercar al rey a don Carlos» (pág. 97). Ciertamente, los documentos que se exhiben en la obra, prueban una actuación de D.^a Juana en favor del Príncipe, que nos hace pensar de esta mujer, bien de distinta manera. Ya en Igualada, primer encuentro con don Carlos, es ella la que le tiende los brazos y le estrecha en ellos «con grandes muestras de cariño». El Dietario de la Generalidad señala que la concordia entre padre e hijo, la Reina «lo llevó a buena conclusión». Nuevamente la ruptura, la prisión del Príncipe, en Lérida, su traslado al castillo de Aytona y más tarde a la Aljafería de Zaragoza, donde los reyes van a pasar la Navidad de 1460. De esta época, hay una carta de don Carlos en la que habla de lo mucho que se interesa D.^a Juana en su favor. Cuantos intervienen en las

negociaciones para libertar a don Carlos, se expresan en términos cordiales y elogiosos de D.^a Juana. Cuando se rompen las hostilidades entre don Juan y la Generalidad, y don Carlos sigue en la prisión, es cuando más celosamente despliega su intervención doña Juana para mejorar la situación del Príncipe, cuya vida deriva ya hacia la muerte. Lograda la libertad de don Carlos, ella notifica desde Zaragoza la buena nueva: «hemos suplicado eficazmente por la dicha liberación». Los catalanes manifiestan que don Carlos, liberado ya, les manifestó que la Reina «tanto suplicando con gran voluntad y atención al dicho señor Rey por su liberación, como visitándole, y con muchas otras formas, le ha demostrado y hecho obra de madre, por cuyo motivo dijo quedarle infinitamente obligado». En Morella, en cuya prisión estaba el Príncipe, recibe la visita de doña Juana a la que «besa las manos y en la boca». Hay otro texto de don Carlos de esta fecha en el que la llama «verdadera señora y madre». Doña Juana tenía interés en presentarse en Barcelona con don Carlos, y los jubilosos recibimientos que les hicieron en Tortosa y Tarragona pudieron motivar en ella un franco optimismo respecto a la entrada en Barcelona. «Todo su afán —escribe la Condesa de Yebes— era que vieses el buen deseo que la animaba, y que los catalanes pudieran advertir su absoluta sinceridad» (pág. 115). Los diputados catalanes no toleran la presencia de doña Juana en Barcelona, y acceden, como a favor máximo, a que se quede en Villafranca del Panadés, donde se despidió del Príncipe que le demostró su viva contrariedad por esta oposición de los catalanes y su cordial deseo de tenerla pronto en Barcelona. Doña Juana marcha a Zaragoza, donde está su marido. Lleva todo este año de 1461 en un plan de marchas forzadas y de intervención política, capaces de fatigar la más fuerte naturaleza. Por mayo, decide volver a Cataluña para ver si logra la pacificación de la Generalidad con su marido. Pero esta vez, la tierra catalana se le muestra hostil, y en Tarrasa se le cierran las puertas. Pero esta mujer es admirable: sabe hacer frente a toda contrariedad física, política y moral. De las negociaciones con varones graves y honrados, son éstos los que salen seducidos por el encanto y la decisión de doña Juana. Ha logrado que la Generalidad levante el veto de su presencia en Barcelona, ha obtenido, al fin, la concordia que pudo ser definitiva, pero en ese momento, noche del 22 al 23 de septiembre de 1462, la vida de don Carlos deja de existir en el palacio de Barcelona.

¿Qué puede, pues, pensar el lector de esta Juana Enríquez de las páginas de la Condesa de Yebes? Por lo que a mi respecta, pienso que modifica fundamentalmente nuestra endurecida interpretación, a lo Macbeth, de la madrastra del Príncipe de Viana. Se trata de una mujer inteligente, hábil, serena, dotada además, por su hermosura y sus dotes personales atrayentes, de un poder de sugestión indiscutible. Si no resulta palpable su influencia sobre don Juan, no admite duda que éste le otorgó su plena confianza incluso política, y de la que ella usó siempre con una inquebrantable fidelidad a la realeza de su marido. En lo que a don Carlos respecta, cabe suponer, con fundamento, que ella le trató como a quien de ella estuvo enamorado, con dulzura compasiva, con la protección cariñosa de la mujer hacia el hombre que sabe la quiere y con el que, por razón de la edad, pudiera estar más

identificado, pasionalmente con ella, que su marido. Don Carlos fué un temperamento enamorado y esencialmente amoroso, pronto a toda efusión halagadora: nada tiene de particular que se sintiese influenciado gozosamente por las demostraciones afectuosas de una mujer joven, bella y seductora. En Igualada, es ella la que le estrecha entre sus brazos, en Morella es él quien la besa «en la boca», últimamente, el Príncipe está decidido a romper con la Generalidad a cuenta de no separarse de ella. Los datos son mortales. Pero la muerte puso fin a la tragedia política, que arrastraba, sin duda, un último problema amoroso. El libro, en fin, es de lectura deliciosa y de un gran garbo en la pintura de las figuras históricas, de tan fuerte relieve como los padres de Fernando el Católico.—*E. E.*